

despojos con sólo la pérdida de treinta y cinco hombres por varios accidentes en Veracruz o por la resistencia que hicieron al principio muy pocos. A los golpes y malos tratamientos pasaron de cuatrocientos los muertos de la ciudad» (1).

Tal fué la desgracia lastimosa que sobrevino al puerto de Veracruz, y en que tuvo no pequeña parte el modesto colegio que poseían allí los jesuitas. Triste ejemplo de las desventuras que descargaban de tiempo en tiempo sobre las colonias y sobre las mismas ciudades marítimas de España, por el abandono increíble y por la inercia con que procedían entonces nuestros abuelos en todas sus acciones políticas. No sabemos cómo se rehizo el colegio de Veracruz. Sin embargo, nos consta que siguió adelante, aunque no tuvo mucha vida, ni se le dió otra importancia que la de ser como escala para todos los jesuitas que llegaban a Nueva España o salían de allí para Europa.

(1) *Ibid.*, p. 39.

CAPÍTULO V

MISIONES SEPTENTRIONALES DE LA PROVINCIA DE MÉJICO DESDE 1652 HASTA 1705

SUMARIO: 1. Permanecen estacionarias estas misiones los veinte primeros años de esta época.—2. En 1673 se da nuevo impulso a la misión de los Tarmaures con muy feliz resultado.—3. El P. Eusebio Francisco Kino funda en 1687 la misión de Pimeria más al norte.—4. Estado general de las misiones septentrionales en 1691.—5. Progresos apostólicos del P. Kino y sus viajes hasta los rios Gila y Colorado.—6. Misiones de California. Primera entrada de los jesuitas de 1683 a 1685.—7. El P. Juan Maria Salvatierra establece la misión de California en 1697.—8. Penurias increíbles que allí se padecieron en los años siguientes.—9. El P. Salvatierra propone abandonar la misión en 1701 por la imposibilidad de sustentarse, pero no se abandona, y persevera gracias al esfuerzo e industria del Padre Ugarte.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cartas de los Padres Kino, Salvatierra y Ugarte, halladas en el Archivo de Indias.—2. Relación del P. Estrada.—3. Cédulas Reales y otros documentos del Archivo de Indias.

1. Dejamos en el tomo anterior las misiones mejicanas bastante extendidas por las regiones del Norte en el año 1652. Con la muerte del P. Basile se había detenido la misión de los Tarmaures. En las otras de los Tapehuanes, de Parras y de los Yaquis no se avanzó considerablemente durante unos veinte años. Sólo parece que hubo algún progreso en la última de las misiones empezadas en aquel tiempo, esto es, en la de Sonora. Ya dijimos en el tomo anterior los felices principios de esta misión, emprendida por el P. Bartolomé Castaño en 1638. A los seis años ya tenía establecidos varios pueblos, y después, recibiendo nuevos operarios, progresó felizmente tan santa obra. En 1653 nos hallamos con una relación muy consoladora del P. Visitador enviado a aquellas misiones, el cual nos indica el progreso feliz que en los países de Sonora hacía la predicación del Evangelio. Por esta relación nos consta que ya pasaban de veinticinco mil los

cristianos de aquella misión. Habíanse congregado en veintitrés pueblos y se habían erigido otras tantas iglesias al verdadero Dios. En los cuatro últimos años se habían bautizado ocho mil personas entre párvulos y adultos, y de los vecinos gentiles se veían venir muchos en demanda del santo bautismo.

Otro incidente ocurrió por entonces en estas misiones, de que importa dar noticia a nuestros lectores. En 1652 no sabemos si por la cuestión del patronato real que entonces se agitaba, o porque creyeran nuestros Padres que ya varias de nuestras misiones estaban bien arraigadas en la fe y podrían sin detrimento pasar a otras manos, hicieron entrega de algunos pueblos fundados en la misión de Parras al clero secular (1). Llamábanse aquellos indios los Laguneros, porque en su territorio existían algunas lagunas considerables. A pesar de esta donación conservaron los Padres de la Compañía la residencia de Parras, para extenderse desde allí a otras regiones más apartadas en busca de nuevos infieles. En los veinte años siguientes no hallamos novedad notable en todo el territorio de estas misiones. Las pocas cartas de aquellos años que se conservan mencionan tan solo esas tribulaciones ordinarias, que son como indispensables en las cristiandades nuevas formadas entre indios. Epidemias que de tiempo en tiempo se desarrollan, causando la muerte de numerosos neófitos, motines promovidos por hechiceros, que procuraban sacudir el yugo de nuestra santa fe y volver a la libertad salvaje en que antes vivían, irrupciones de los indios infieles, que descendían súbitamente de sus montes y quebradas, se arrojaban sobre los pueblos fundados en las llanuras, y robando todo lo que podían, se retiraban prontamente a sus escondrijos. Estas y otras desgracias, que pueden llamarse obligadas en fronteras de infieles, ejercitaban la paciencia de nuestros operarios, pero no cambiaban sensiblemente el estado general de nuestras misiones. Unos sesenta o setenta sacerdotes jesuitas, continuaban en todo aquel país en la ruda tarea de conquistar infieles, civilizando indios salvajes, suavizando las costumbres embrutecidas y ajustando poco a poco los indios a la vida civil y cristiana.

2. El año 1673 entraron como en una nueva fase estas misiones. Por entonces se dió considerable impulso a la ya interrumpida

(1) Solo incidentalmente habla el P. Alegre de este hecho primeramente en la pág. 389 y después en la 427 del tomo segundo.

pidida de los Tauramares, avanzando en el territorio de estos indios tan grandes espacios, que algunos consideraron como una nueva fundación el progreso felicísimo que en poco tiempo alcanzaron nuestros Padres en esta tierra hasta entonces casi inexplorada. Conservábanse en la parte meridional y en los sitios más accesibles algunos Tauramares cristianos. Pero en este año 1673 el P. Fernando de Barrionuevo y el P. Gamboa se adelantaron decididamente al interior del país. Ni uno ni otro pudieron continuar en esta empresa, pues a entrambos les faltó la salud, y fué necesario retirarlos para salvarles la vida. Les sucedieron el P. Tomás de Guadalajara y el P. José Tardá, quienes lograron un triunfo inesperado en la región de los Taramaques. Guiándose por los pocos ya convertidos, fueron penetrando insensiblemente no solamente en los llanos, sino entre las cuestas y quebradas de la parte montañosa. Buscando uno tras otro a los caciques o principales de los indios, juntando como pudieron en sitios oportunos las rancherías diseminadas, continuaron durante algunos años el trabajo de la predicación y civilización de estos infieles con un éxito verdaderamente consolador.

Fuó necesario suministrarles varios compañeros, y algunos años después el P. Bernardo Rolandegui, enviado a visitar estas nuevas conquistas, volvió a Méjico consoladísimo y dió al Provincial tan felices noticias, que éste le mandó ponerlas por escrito para perpetuo recuerdo de aquella dichosa misión. Conservamos la carta que escribió con este motivo el P. Rolandegui el 14 de Febrero de 1682. Comunicaremos a nuestros lectores algunos párrafos de este escrito, por donde se entenderá por una parte el fruto espiritual recogido y por otra los trabajos más que regulares, que costaba a los misioneros el éxito de aquella empresa. Oigamos, pues, al P. Rolandegui.

«Entraron los Padres en esta provincia de Taramaques el año de 1673, y como era toda de gentiles bárbaros, fué mucha la dificultad que los indios mostraron en muchas partes en orden a que los Padres asistiesen en sus tierras... No obstante la resistencia que el demonio hacía a la predicación del santo Evangelio, fué el Señor servido de allanar las dificultades, alumbrando el entendimiento de dichos Taramaques, para que conociendo lo importante del santo bautismo lo abrazasen. Comenzaron, pues, a pesar de algunos rebeldes, a pedir con ansia les hiciesen cristianos, con que animados los Padres dieron principio a bautizar-

les, con tanta prosperidad, que en el espacio de cuatro años se erigieron más de treinta iglesias en jacal y adobes en tanta distancia de tierra, que casi toda la provincia de Taraumares ocupaba. Tiene ésta de Oriente a Poniente más de ochenta leguas, y de Sur a Norte más de noventa, sin otros lados por donde se extiende la nación. Hasta hoy se ha administrado toda esta tierra con ocho Padres no más, por no tener Su Majestad asignados más ministros. Pero reconociendo los Padres no poder con tan dilatada administración y que reuniendo más ministros evangélicos serían muchos más los gentiles que se reducirían a nuestra santa fe, determinaron representar a Su Excelencia el Sr. Virrey y a la Real Audiencia de Méjico las muchas almas que por falta de obreros se perdían y los muchos gentiles que pedían el santo bautismo. A que Su Majestad católica piadosamente inclinadó concedió este año de 1681 otros seis misioneros, los cuales, repartidos en los parajes intermedios a las misiones, tendrán mies muy suficiente en que trabaje su celo, con esperanzas muy fundadas de que en breve tiempo estará toda la tierra reducida a nuestra religión católica.

»Las almas que hasta ahora están bautizadas pasan de ocho mil; las que se esperan en el Señor se bautizarán con las nuevas misiones llegarán a diez mil. Los adultos que cada día atrae Dios al santo bautismo con indicio de su eterna predestinación son muchos, pues no pocas veces se bautizan hombres y mujeres de más de ciento veinte años de edad, según el aspecto, que a los pocos meses o días de bautizados mueren, según moralmente se puede creer, con la gracia bautismal, que parece haberles el Señor conservado con especialísima providencia, sólo para que logren la vida eterna, por donde Dios los trajo a la presencia de los Padres. Los párvulos que mueren antes de perder la gracia bautismal son muchísimos. Los demás progresos que nuestra santa fe católica hace en aquella cristiandad son de singularísimo consuelo a los Padres sus ministros.»

Explicados los frutos espirituales que se recogían, declara el P. Rolandegui los trabajos y penalidades que llevaba consigo la vida apostólica entre aquellos indios montaraces. Dice así: «Esta nación no reconoce en su gentilidad sujeción a otro. Gobiérnanse por familias, de suerte que el más anciano de ella es a quien los demás reconocen, no con superioridad de dominio, sino por vía de respeto, semejante al que tiene un mozo a otra persona de más

edad. Este es el origen de la poca sujeción al Padre y a sus gobernadores y alcaldes, que se procuran poco a poco entablar. Sucede muy frecuentemente hacer los indios las cosas como gustan y como quieren, así en lo espiritual como en lo temporal, siéndoles forzoso a los misioneros hacer personalmente lo que en la misión se ofrece, como son adobes para la iglesia y casa, cavando la tierra y acarreando el lodo. Si pide que le den una cocinera que haga tortillas, muchas veces no lo consigue, y si viene uno o dos días, falta los restantes de la semana, sin que se le pueda obligar a otra cosa, viéndose obligado el misionero a poner personalmente la vaca a cocer, porque de no hacerlo así, después del trabajo de todo el día no tendrá qué comer. La nación es delicadísima. Ni se las ha de regañar ni reprender sus vicios, y si acaso alguna vez se hace, sucede decirle al Padre que le flecharán, que se retirarán al monte y que salga de sus tierras, porque no le han admitido para que los riña, sino para que los quiera.

»Ni es menos lo que padecen los Padres con la falta de cosas temporales, por ser la pobreza mucha, teniendo algunas veces falta aun de las cosas necesarias. Porque aunque hay vacas de que se compone el sustento, no pocas veces, en los caminos a que los obliga el ministerio, carecen de este socorro, viéndose obligados del hambre a no proseguir. Susténtanse, en vez de pan, del maíz que graciosamente dan los indios, aunque no todos. Casas hasta ahora no las tienen los Padres, sirviéndoles de resguardo unos jacalillos de paja y si se consigue hacer un aposento de adobes, juzgan tener mucho reparo a las continuas inclemencias del tiempo. Porque la tierra está muy metida al Norte, y así el invierno es asperísimo, por ser las nieves en ese tiempo continuas y grandes. Ha sucedido quedarse muertos los caminantes de solo frío, por quedarse en despoblado sin poder hacer lumbre. A esto se llegan los muchos hielos, sucediendo por Mayo helarse los charcos. A mí me sucedió varias veces en el invierno, diciendo misa, que al echar la gota de agua en la patena para hacer el cáliz, se convertía luego al punto en hielo. Las aguas son continuas, por ser toda esta tierra muy áspera sierra tupidísima de pinos y encinas y así muy húmeda. En medio de estas incomodidades, la ayuda de los indios es ninguna, la ingratitud al bien que en lo espiritual y temporal les hacen los Padres es increíble; con que llegan a ser los trabajos mucho más sensibles de lo que

fueran, si reconocieran en la nación algún aprecio de lo que por ellos toleran los misioneros» (1).

Añade en pos de esto el P. Rolandegui, los frecuentes peligros de muerte en que ha de verse el misionero al tropezar con rebeldes, que a la menor irritación, echan mano de las flechas y disparan contra quien los ofende. A pesar de todas estas penalidades, a pesar de la pobreza, del frío y de la ingratitud de los indios, los Padres de la Compañía continuaron incansables en toda aquella región de los Tarmaures y tuvieron el consuelo de conservar una numerosa cristiandad de veinte a treinta mil almas que perseveraron largo tiempo en paz y en gracia de Dios.

3. Mientras los PP. Guadalajara y Tardá adelantaban felizmente la misión de los Tarmaures, llegaron a Nueva España dos jesuitas extranjeros, que han dejado dulce y venerable recuerdo en la historia de nuestra provincia de Méjico. Eran los PP. Juan Maria Salvatierra y Eusebio Francisco Kino. El Padre Salvatierra había nacido en Milán el año 1648 y admitido bastante joven en la Compañía, pidió a los superiores las misiones de Indias, aun antes de acabar la carrera de sus estudios. Fué enviado a Méjico cuando empezaba el curso de teología, y en nuestro colegio de San Pedro y San Pablo terminó el estudio de la ciencia sagrada. Hecha la tercera probación, suplicó instantemente a los superiores, que le dedicaran en seguida a la conversión de los infieles. Condescendieron ellos con este santo deseo, y el año 1680 fué mandado el P. Salvatierra a las misiones del Norte. Empezó sus trabajos apostólicos en la tribu de los Guazaparis, de aquellos indios que habían dado muerte al P. Julio Pascual medio siglo antes. Venciendo las resistencias e ingratitudes de estos indígenas, pudo el P. Salvatierra no sólo conservar y aumentar aquella cristiandad, sino extender la luz del Evangelio a otros pueblos de la llamada Sierra Madre, por cuyos valles y cuevas anduvo varios años atrayendo cuantos infieles podía a los pueblos cristianos y educándolos en las costumbres y vida civilizada. Unos diez años gastó en estas fatigas apostólicas, hasta que en 1690 le nombró el P. Provincial Visitador de las misiones septentrionales, como era muy ordinario en aquellos tiempos, pues el P. Provincial no podía visitar personalmente unas misiones situadas a tan enorme distancia, y cuya inspección le hubiera llevado meses enteros.

(1) Conservamos el original de esta carta.

El otro jesuita digno de eterna memoria que llegó en este tiempo a la provincia de Nueva España, fué el P. Eusebio Francisco Kino. Nacido el año 1644 en un pequeño pueblo cerca de Trento, había entrado en la Compañía en la provincia de la alta Alemania y después de acreditar su buen ingenio en los estudios, había desempeñado una cátedra de matemáticas en nuestro colegio de Ingolstad. Esta ocupación le hizo adquirir los conocimientos de ciencias exactas que por entonces se alcanzaban en Europa. Deseoso de consagrarse a las tareas del apostolado en las regiones más difíciles y apartadas, suplicó instantemente a los superiores que le destinaran a las misiones de Indias. Fué aceptado su ofrecimiento y en 1678 le mandaron a Sevilla con destino a Nueva España. Mientras esperaba embarcación, sucedió en 1679 la célebre misión del P. Tirso González en la gran capital andaluza, y entonces habiéndose visto con el P. Kino, le fabricó este un reloj de sol, que el P. Tirso estimó mucho y procuró recompensar con otros obsequios que el P. Kino agradeció con todo su corazón (1). Trasladado a Nueva España, pudo manifestar muy pronto sus conocimientos matemáticos y astronómicos, y hubiera podido lucir sus talentos en las cátedras de la misma capital; pero todos sus deseos le llevaban a las misiones de infieles. Así, pues, fué destinado a la empresa de California, que se empezó, como luego diremos, en 1683. Interrumpida esta misión y la conquista que se proyectaba de aquella península, volvió el P. Kino a Méjico a principios de 1686.

No permitiéndole el corazón quedar ocioso lejos de sus amados infieles, suplicó a los superiores que le permitiesen dirigirse a las regiones septentrionales, donde esperaba conquistar innumerables almas a Cristo. Pensábase por entonces en extender las misiones de Sonora a la región que se designaba con el vulgar nombre de Pimeria y abarcaba todo el espacio que media entre la mitad del actual estado de Sonora y el río Gila, que corre de Este a Oeste en la actual República de los Estados Unidos. Era un territorio de unas cien leguas de Norte a Sur y cincuenta o sesenta de Este a Oeste. Como no había medio para subsistir en aquellos países fuera de la subvención del Estado, pidió el

(1) El mismo P. Kino es quien nos da esta noticia en una carta que escribió al P. Bernabé de Soto, Provincial de Méjico, el 15 de Junio de 1689. *Mexicana Historia*, II, n. 139.

P. Kino y obtuvo del Virrey de Nueva España, que le asignase la limosna necesaria para mantenerse en las tierras de Pimeria. Al mismo tiempo, conociendo la repugnancia que tenían los indios a convertirse, por el servicio personal a que les forzaban los españoles en el trabajo de las haciendas y en el laboreo de las minas, rogó el misionero al Virrey que le concediese la facultad de que todos los indios no pudiesen ser compelidos a esos trabajos en los cinco años después de su conversión. No era esto mucho pedir, pues ya desde 1607 estaba concedido por Felipe III este privilegio en una real cédula en que se mandaba que por diez años no fueran los indios encomendados ni obligados a trabajos ningunos (1).

Obtenida esta concesión del Virrey, salió el P. Kino de Méjico el 20 de Noviembre de 1686. Detúvose en la ciudad de Guadalupe, donde mostró las facultades que tenía a la Real Audiencia y consiguió también que fuera apoyada su empresa por este respetable Tribunal (2). Con tan felices principios enderezó sus pasos a la Pimeria a fines de aquel año, y habiendo hecho reconocer sus facultades al Alcalde mayor de Sonora, entró, por fin, el año 1687 en la misión de Nuestra Señora de los Dolores, la más septentrional que hasta entonces poseía la Compañía en aquellos vastos territorios. No fueron pocas las dificultades que se le ofrecieron para establecer su nueva misión en aquellos países, hasta entonces casi desconocidos. Hizo continuas entradas por uno y por otro lado, poniéndose en comunicación, lo mejor que supo, con varias rancherías, y poco a poco, hoy a uno, mañana a otro, fué atrayendo gentiles y reuniéndolos en pequeños pueblos.

La más grave dificultad que para formar aquella misión se le ofrecía era la variedad de lenguas, pues no todos los indios se entendían en el mismo idioma en todo aquel extenso país. Ya estaban todos los misioneros acostumbrados a tropezar con este obstáculo. El P. Kino trabajó incansablemente para dominar aquellos idiomas, tradujo el catecismo y las oraciones de la iglesia a ellos y formó algunos vocabularios y apuntes, para dirigir a sus futuros compañeros de apostolado en la inteligencia de aquellas lenguas bárbaras y extrañas. No fueron estériles sus fatigas. A los dos años ya veía en torno suyo a seiscientos Pimas

(1) Véanse las cédulas reales que cita el P. Alegre, III, p. 61.

(2) Alegre, *ibid.*

convertidos a la fe. Así lo escribía él mismo al P. Provincial el 15 de Junio de 1689: «El estado de mi conversión es el que siempre, por la divina misericordia, con continuados aumentos en lo espiritual y temporal. Ya pasan de seiscientos los bautismos, y muy a menudo vienen de la tierra adentro nuevos y nuevos naturales a pedir el santo bautismo. Estamos prosiguiendo en la fabricación de casas e iglesias y todo cunde, y repetidísimas veces lo encomiendo a los santos sacrificios y oraciones de V. R. Todos estamos con mil millones de deseos de tener noticia de la venida de algunos operarios nuevos. Y si puede ser de los que V. R. se sirvió de ofrecernos, de los del Norte, por ser este temple algo frío; será de mucho consuelo y el fruto será muy grande, no de treinta o cuarenta almas, como escriben que tienen algunos de la Sierra, sino de mil y más almas para cada misionero que viniere» (1).

Convencidos los superiores del buen éxito de aquella misión, resolvieron enviar nuevos operarios que secundasen los esfuerzos del P. Kino. El mismo año, pues, de 1689 fueron mandados a la Pimeria, los PP. Antonio de Arias, Juan de Castillejo y Pedro de Sandoval. Con la compañía de estos nuevos operarios animóse el P. Kino y prosiguió infatigable en su trabajo con los indígenas, aunque muy pronto hubo de padecer un contratiempo que ciertamente no había esperado. El año 1690 sufrió en la cristiandad de los Taramares una irrupción de indios infieles, que ya se estaba temiendo desde algunos años atrás. Los Janos y otras tribus casi desconocidas que habitaban al oriente de los Taramares, entre nuestras misiones y las que tenían los Padres franciscanos en el estado actual de Chihuahua, hostigaban de vez en cuando a los cristianos reducidos, y se temía de parte de aquellos salvajes alguna grave calamidad. Los misioneros dieron parte del peligro a las autoridades civiles, y en efecto fueron mandados algunos piquetes de tropas españolas a ciertos puntos, por donde se temía la irrupción de los bárbaros. El mismo Gobernador de Nueva Vizcaya D. Juan Isidro de Pardiñas se puso en movimiento y dió orden para que sus capitanes se previniesen contra el peligro que amenazaba. Sin embargo, la desgracia sobrevino súbitamente, sin que los soldados españoles pudieran evitar el estrago que sucedió.

(1) *Mexicana Historia*, II, n. 139.